

MARC BADAL PIJOAN

# Geografías de la ingravidez

*Sobre la desorientación  
como privilegio*

# Índice

Nota preliminar, 7

Las condiciones del desarraigo, 9

Nostalgias de baja intensidad, 83

Geografías afectivas de la ingravidez, 175

Bibliografía, 249

A FINALES DE 2017, una de las personas más lúcidas que conozco me planteaba la siguiente cuestión: «A nivel síquico, creo que, a medida que perdemos el contacto con la tierra (no el simulacro turístico de mirar el campo y hacerle fotos bonitas), perdemos algo esencial de lo humano. Estoy totalmente convencido [...], sin este contacto con la tierra mutaremos (lo estamos haciendo ya) en otra cosa, que ignoro si vale la pena, pero que habremos de pagar con un sufrimiento enorme».

Aunque es muy probable que ni siquiera recuerde aquel comentario, este texto es todo cuanto puedo responderle. Tras cuatro años de trabajo no creo haber avanzado nada respecto a ese punto de partida. Simplemente, he ordenado y comentado algunos aspectos que muestran en qué medida nuestra forma de concebir y relacionarnos con el mundo está condicionada por el hecho de haberle dado la espalda a la tierra.

Tal vez no esté de más señalar que este libro empezó a redactarse en verano de 2019. Al estallar la epidemia de Covid, el manuscrito estaba bastante avanzado y, aunque quizá fuera un error, ante la evidencia de que todos y cada uno de los contenidos del libro podrían reescribirse a partir de aquel acontecimiento, decidí no mencionarlo. Dejo en manos de cada cual la tarea de ir agregando pies de página mentales en los pasajes que merecerían una observación relativa a todo cuanto (nos) ha ocurrido durante estos últimos años.

El texto tal vez destila desesperanza y hastío. Sería absurdo negarlo, pero debería quedar claro que no hay en sus páginas ni una sola crítica que pretenda herir a nadie. Respecto a la desesperanza,

en efecto, es el estado de ánimo desde el que se ha escrito. Tan solo espero que no se la tome por nostalgia ni por rencor. Esto es de lo poco, estoy seguro, que al texto no se le puede reprochar.

## Las condiciones del desarraigo

EN SU VIAJE ORBITAL alrededor de la Luna, los tripulantes del Apolo 8 captaron la conmovedora imagen de la Tierra suspendida en la noche del espacio. A menudo, se ha señalado que aquella fotografía conocida con el nombre de *Earthrise*, al mostrar los límites del planeta de una forma tan literal, contribuyó a extender los postulados del entonces incipiente movimiento ecologista. De hecho, las metáforas que nos hablan de la Tierra como una nave espacial o como un gran organismo autorregulado son claramente deudoras de la perspectiva inédita que ofrecían las imágenes tomadas desde el Apolo.<sup>1</sup>

Medio siglo después, los que siguen defendiendo el derroche y el disparate que supone la carrera espacial no se cansan de recordarnos que este es uno de sus principales logros. Es decir, haber constatado que ahí afuera todo es hostil y que, por lo tanto, debemos cuidar nuestro «hogar compartido». No parece importarles demasiado el pequeño detalle de que lanzar cohetes al espacio sea, tal vez, la forma más insostenible de promocionar la cultura de la sostenibilidad; aunque no debería sorprendernos que los argumentos de los astrofísicos e ingenieros que trabajan para hacer realidad el

---

<sup>1</sup> No puede ser casualidad que James Lovelock, el creador de la hipótesis Gaia, trabajara en la NASA, precisamente, en aquella época.

viejo *sueño*<sup>2</sup> de llegar a la Luna o a Marte carezcan del mínimo sentido común.<sup>3</sup> La industria aeroespacial, en efecto, ha contribuido de forma decisiva al desarrollo tecnológico que conforma el mundo tal y como hoy lo conocemos, pero es evidente que no ha culminado el reto de conquistar la última *gran frontera* ni ha obtenido grandes éxitos en su pretendido objetivo de alentar la reflexión en torno a las relaciones que establecemos con nuestro planeta. Un doble fracaso que, curiosamente, obedece a causas opuestas.

Por un lado, a pesar del entusiasmo suscitado recientemente por la exploración de Marte, parece bastante claro que estamos muy lejos de poder habitar fuera de la Tierra. En sentido contrario, tan solo podemos concluir que si el llamamiento generalizado a transformar nuestro modelo civilizatorio cae en saco roto es, precisamente, porque desde hace unas cuantas décadas vivimos completamente alejados de la tierra. Encerrados en una esfera absolutamente autorreferencial, incluso la idea de pertenecer a la tierra nos resulta cuanto menos extraña; lo cual, dicho sea de paso, nos reporta una inestimable dosis de tranquilidad al sabernos a resguardo de las inclemencias que le son propias. Hasta el más leve de nuestros gestos exhibe los síntomas de un trastorno que podríamos denominar con el término de claustrofilia y que consiste en una disfunción perceptiva que nos impide recordar y admitir que nuestra condición sigue estando determinada por fenómenos y procesos naturales de los que todavía no hemos logrado emanciparnos.

Es cierto que en los más variados contextos históricos las élites dominantes siempre han conseguido evitar los rigores de la *te-*

---

2 En 1609 Kepler escribió su novela *Somnium*, en la que describía con una precisión sorprendente para la época un viaje imaginario a la luna que inspiraría a escritores de ciencia ficción y científicos durante los cuatro siglos posteriores. Sobre esta obra y el papel de Kepler en la historia de la ciencia: Mumford, 2011.

3 Según cuenta David F. Noble, tanto los dirigentes de la NASA como los astronautas hacían gala de un cristianismo ferviente que imprimía a las misiones espaciales un carácter eminentemente religioso. Noble, 1999.

*rrestridad*, pero se trataba de un reducido número de personas que vivían al margen de la tierra solamente gracias al expolio de una gran mayoría que no podía hacer otra cosa que arrastrarse sobre ella. Sin embargo, en las actuales sociedades sobredesarrolladas la ingravidez se ha democratizado. Ya no supone una marca distintiva de privilegio sino que constituye un rasgo inherente a nuestra relación con el mundo y, aunque todo cuanto nos ocurre depende de los procesos ecológicos que sostienen el metabolismo social, lo realmente significativo es que actuamos y pensamos como si tales vínculos no existieran.

Es difícil establecer en qué momento empezamos a transitar hacia este modo de existencia ingrávida, pero podríamos considerar que en la época dorada de las misiones espaciales este proceso histórico estaba prácticamente culminado. Deslumbrados por los «pequeños pasos» que aquellos astronautas daban en la Luna, nadie parecía reparar en que, aquí abajo, se estaba produciendo el gran «paso de la humanidad» hacia su propio destierro.

Lejos de la euforia económica desatada durante los Treinta Gloriosos, de los conflictos sociales que trataban de desenmascarar el reverso imperialista de la hegemonía occidental, de la agitación juvenil que sacudía unos códigos morales súbitamente envejecidos y lejos, sobre todo, de los interminables debates entre intelectuales orgánicos de distintas sectas izquierdistas, en aquella Europa que encontraba playas bajo los adoquines y que volvía a acariciar la esperanza de un futuro menos oscuro, un acontecimiento que a la postre acabaría revelándose como uno de los más significativos de nuestro pasado reciente pasó totalmente inadvertido: con la mayor discreción, como quien no quiere molestar, el mundo campesino tradicional del Viejo Continente ponía tierra de por medio y se retiraba definitivamente de la historia.

A pesar de su relevancia, es hasta cierto punto comprensible que el desmantelamiento definitivo de las sociedades rurales preindustriales apenas llamara la atención. Carecía de todo aquello que

confiere a un hecho histórico la capacidad de grabarse en nuestra memoria. No supuso una convulsión violenta, no generó ninguna imagen espectacular y ni tan siquiera se lo puede relacionar con una fecha precisa que pueda ser recordada periódicamente. Aunque, tal vez, si ha quedado fuera de la crónica oficial del siglo xx es porque el ocaso del mundo campesino no inauguró ninguna nueva era.

La desaparición del campesinado debe entenderse como el resultado, largo tiempo anunciado, de una serie de transformaciones culturales, ideológicas, técnicas, políticas y económicas concatenadas y retroalimentadas. Un daño colateral inevitable de la dinámica que emprendieron nuestras sociedades hacia su propia deslocalización. Los pueblos campesinos lograron sobrevivir a todo tipo de dominación, pero su asombrosa capacidad de resistencia no los había preparado para una situación en la que no se pretendía someterlos ni explotarlos, sino librarlos del yugo que siempre habían soportado gracias a los cantos de sirena de una modernización que, paradójicamente, acabaría arrollándolos. Ahora bien, deberíamos tener en cuenta que la imagen de una colisión frontal entre el mundo campesino y la sociedad industrial no se refiere a un acontecimiento determinado, cronológicamente acotado, sino al carácter irreconciliable de estas dos formas de concebir y organizar la realidad.

El desmantelamiento del universo campesino no es tan relevante para entender el escenario vital al que nos enfrentamos —es, simplemente, una consecuencia del proceso histórico que ha fraguado nuestro presente—, pero sí constituye un hito de referencia obligada para entender en qué nos hemos convertido. En apenas dos generaciones, hemos olvidado que somos los descendientes directos de los últimos campesinos y que nuestra existencia está completamente determinada por la renuncia a un legado cultural que, en vano, intentaron transmitirnos. Es decir, no somos solamente los huérfanos del campesinado. Somos aquellos que optaron por convertirse en sus desheredados.



Desde el vórtice tautológico de este presente que se cree absoluto, observamos la condición campesina con cierta perplejidad. En aquellas gentes que ya solo habitan en nuestro recuerdo (o en el recuerdo de nuestros mayores), reconocemos rasgos «esencialmente humanos» que identificamos como propios; sin embargo, el hecho de sentirnos totalmente ajenos a la tierra introduce una distancia insalvable. Con la retina impregnada de los prejuicios que han sustentado la ideología del progreso, nos acercamos con espanto a unas formas de vida que se caracterizaban por su apego innegociable al territorio; incapaces de concebir qué implicaba vivir bajo tal restricción, nos alivia pensar que nunca tendremos que averiguarlo.

La idea del arraigo constituye uno de los lugares comunes más frecuentados por el pensamiento moderno. Reivindicado y repudiado a partes iguales, no deja a nadie indiferente. Si para unos el arraigo supone un lastre anacrónico, para otros actúa como un asidero que, en clave reaccionaria o emancipatoria, confiere sentido a su deriva individual y colectiva. Origen de todos los males relacionados con el odio al diferente u horizonte salvífico en el marasmo de una vida desorientada, se presta a todo tipo de interpretaciones en las que se tambalean los clásicos alineamientos ideológicos.

El mero hecho de enunciarlo supone una invitación a la polémica, y tal vez la única forma de evitarla sea despojar al arraigo de su carácter metafórico. Intentar dejar a un lado los ríos de tinta que en torno a esta noción se han vertido y enfrentarla desde una perspectiva mucho más literal. Es aquí donde la poca memoria que conservamos de esos pueblos campesinos que habitaron nuestra ruralidad puede ayudarnos a formular preguntas más pertinentes y plantear debates menos apasionados. Como punto de partida, bastaría con pensar en las connotaciones que adquiriría la cuestión del arraigo en un contexto en el que se daba por supuesto que los grupos humanos constituían uno más de los elementos que integraban el entramado ecológico de un territorio. Un elemento singular y claramente dife-

renciado, pero no por ello más alejado de la tierra de lo que podían estar el resto de seres vivos con los que convivía.

DURANTE LOS últimos diez mil años, los pueblos campesinos han cumplido una función muy concreta en el metabolismo social: la generación neta de energía endosomática. A través del aprovechamiento diversificado e intensivo del entorno, han sido capaces de obtener un excedente energético y material —en forma de alimentos y otros bienes de consumo— con los que se ha nutrido todo el entramado social. Es decir, el campesinado, con su trabajo cotidiano, desempeñaba el mismo rol de productor primario que tienen los vegetales en un ecosistema. Un aspecto, generalmente menospreciado, que supieron valorar en su justa medida los economistas fisiócratas del siglo XVIII cuando afirmaban que la agricultura es la única actividad económica realmente productiva.

La analogía vegetal no se agota en esta mera función ecosistémica pues, del mismo modo que ocurre con las plantas, los pueblos campesinos han sido capaces de recrear y reproducir las más variadas formas de vida a partir de una relación muy específica con el medio circundante: lo han hecho desde el más estricto sedentarismo. Su modo de vida siempre se ha caracterizado por un apego irrenunciable a la tierra. O, por ser más precisos, a un territorio muy concreto.

Suele decirse que el campesino vive atado a la tierra para referirse a su desinterés por la movilidad. Que se siente cómodo y seguro en el lugar donde nacieron sus abuelos y donde morirán sus nietos. Que vive apegado al terruño. A su terruño. Se trata de una afirmación descriptiva que, sin embargo, a menudo adquiere una connotación claramente estigmatizante, pues se interpreta la inmovilidad campesina como puro inmovilismo, y su apego a la tierra, como

insolidaridad y cortedad de miras. Ninguno de estos prejuicios tiene en cuenta que generalmente el campesino no ha sido dueño de «su» tierra y que, con el paso de los siglos, al ritmo de una cadencia imperceptible desde el punto de vista de una sola generación, han extendido su huella hasta el último rincón del planeta, describiendo una trayectoria expansiva muy similar a la dinámica de las plantas en su lenta colonización de nuevos territorios.

Más allá de esta primera acepción, la metáfora vegetal aplicada al campesinado ofrece muchas otras posibilidades. Ahondando en la imagen del arraigo, bien podría decirse que aquella era una forma de vida anclada, sí, pero precisamente por ello era capaz de brotar o germinar en un punto determinado, haciendo que ese mismo lugar, a su vez, germinara, brotara, floreciera y fructificara. Poniendo el énfasis en lo que tienen de aéreos y expansivos los vegetales, parece que las mismas metáforas adquirieren resonancias más amables y sugerentes.<sup>4</sup> Por no hablar del efecto que conseguimos al referirnos a los pueblos campesinos como aquellos que, en un inequívoco gesto de resistencia, se plantan en la tierra.

Los vegetales han desarrollado fórmulas verdaderamente sorprendentes para adaptarse a las más diversas condiciones ambientales, siendo considerados los grandes alquimistas de la biosfera por su destreza en el manejo de la materia a la hora de crear múltiples e increíbles combinaciones. De un modo similar, los sistemas campesinos de aprovechamiento integral del territorio han alcanzado un grado extremo de sofisticación en sus estrategias adaptativas. Siguiendo con el símil alquímico, las plantas tienen en su haber esa piedra filosofal bioquímica que les permite crear materia orgánica a partir de la luz solar y de los minerales del suelo y, aunque los campesinos nunca fueron seres fotosintéticos, sí

---

4 Probablemente, nadie como Perejaume ha explorado en sus textos la fuerza expresiva de este tipo de metáforas vegetales aplicadas a los lugares y al modo campesino de habitarlos.

eran capaces de sustentar y reproducir la vida social, en el sentido más biológico del término.

Es bien sabido que la fotosíntesis y el singular metabolismo vegetal están detrás del origen de una atmósfera respirable para los organismos aerobios. Las plantas, entonces, no solo han colonizado la superficie terrestre —y parte de los fondos marinos—, sino que han creado las condiciones de vida, el hábitat, que hace tan especial al tercer planeta de nuestro sistema solar. De forma análoga, los pueblos campesinos han creado el mundo tal y como lo conocemos, convirtiendo la corteza terrestre en nuestro hogar. Este es, sin duda, su principal legado. Con su pericia y esfuerzo han consumado la impresionante tarea de domesticar la tierra y lo han hecho en silencio, sin aspavientos, sin esperar ningún reconocimiento. Quizás porque nunca han sido conscientes de la trascendencia de sus actos. En su empeño cotidiano por sobrevivir, por cerrar de forma mínimamente satisfactoria los sucesivos ciclos anuales, su acción trascendía el ámbito propio del *animal laborans* —restringido a lo reproductivo, a la obtención de bienes de consumo— y se adentraba en la esfera del *homo faber*, aquel que construye un mundo y que cimienta con su trabajo la infraestructura sobre la que reposa una organización social compleja.<sup>5</sup> En otras palabras, el objetivo inmediato de la reproducción material, que constituía la base de la existencia campesina, acabó convirtiéndose con el paso de los siglos en un proceso civilizatorio que perfilaría la arquitectura del entorno doméstico desde el cual observamos el afuera natural.

En el mundo campesino, el arraigo adquiría una terrible dimensión fisiológica. Al depender casi por completo del entorno más cercano y de los escasos medios que se poseían, no había salto entre la cosecha y la despensa. El campesino era, literalmente, el fruto de lo que su entorno podía darle. Por ello, la domesticación

---

5 Cito de memoria los conceptos planteados por Hannah Arendt en *La condición humana*.

del mundo fue un proceso de acomodación. El refinamiento de las artes como expresión genuina de progreso: «El medio forma a quien lo habita. Lo ha hecho hasta ahora. Sin cortes entre el individuo aprendiz y el lugar del aprendizaje. Podríamos decir que la formación era mutua».<sup>6</sup>

El campesinado gozó siempre de una pulsión demiúrgica que, sin embargo, no lo llevaba a considerarse capaz de doblegar la materia con la que elaboraba su obra. Ha sido un agente creador de primer orden, pero al saberse también moldeado por ese mecanismo de recíproca conformación nunca perdió la conciencia de su extrema vulnerabilidad. Aunque no podríamos desear a nadie las condiciones en las que generalmente han vivido los pueblos campesinos, haríamos mal en olvidar que nunca fueron *usuarios* de un mundo que les venía dado.<sup>7</sup> Carecían de una posición de fuerza frente a la intemperie social, pero en relación a lo ecológico-material eran bastante dueños de su hambre.

Habitaban un mundo de horizontes muy cercanos, pero se sumergían en él con tal dedicación que jamás llegaban a agotar las infinitas posibilidades que este les ofrecía. Podían leer en el territorio todos aquellos matices que conferían a ese pequeño mundo una radical singularidad. Por esta razón, cuando un campesino hablaba, era el propio lugar quien se expresaba. El habla genuina de los pueblos campesinos reflejaba hasta tal punto el vínculo que los unía a su tierra que «podía saberse la procedencia exacta de cada hablante en radios de poquísimos kilómetros. Visto así, con la modulación de cada procedencia, todas las palabras resultaban, hasta cierto punto, topónimos. Paralelamente a quien las decía, las

---

6 Perejaume, 2015 [traducción propia].

7 «De manipulador y hacedor de técnicas, el humano tecnológicamente inhabilitado se vuelve un simple usuario de aparatos y dispositivos ya constituidos, generalizándose en su expansión una iatrogenia técnica, ética y existencial en la que el humano «brilla por su ausencia». Consejo nocturno, 2018.

## Bibliografía

- Agulles, Juanma. *La destrucción de la ciudad. El mundo urbano en la culminación de los tiempos modernos*. Madrid: Los libros de la Catarata, 2017.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Barcelona: Paidós, 2005.
- Argullol, Rafael. *La atracción del abismo*. Barcelona: Destino, 1994.
- Badal, Marc. *Vidas a la intemperie, nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino*. Oviedo y Logroño: Cambalache y Pepitas, 2017.
- . *El tomate de Aretxabaleta. Biodiversidad, territorio y conocimiento compartido*. Donostia: Fundación Cristina Enea, 2018.
- Baroja, Pío. *Camino de perfección*. Madrid: Alianza, 2005.
- Benet, Juan. *Volverás a Región*. Barcelona: Penguin Random House, 2009.
- Benjamin, Walter. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. En *Obras Completas libro 1/vol. 2*. Madrid: Abada editores, 2008.
- Berger, John. *Puerca tierra*. Madrid: Santillana, 2004.
- Bernelas, Guy. *El manto de Medea*. Bilbao: Muturreko burutazioak, 2008.
- Berque, Augustin. *El pensamiento paisajero*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2009.
- Berrojalbiz, Ander. *La ética marxista y el espíritu del capitalismo totalitario. A propósito del último capítulo de la Crítica de la razón histórica de Kostas Papaioannou*. Madrid: El Salmón, 2011.
- Beruete, Santiago. *Verdolatría*. Madrid: Turner, 2018.
- Bigé, Romain (ed.). *Steve Paxton. Drafting Interior Techniques*. Lisboa: Culturgest, 2019.
- Blázquez, Olga. *Quebrantahuesos. Diario de montaña*. Jaén: Piedra Papel Libros, 2019.
- Bodei, Remo. *Paisajes sublimes. El hombre ante la naturaleza salvaje*. Madrid: Siruela, 2011.
- Bourdieu, Pierre. *El baile de los solteros*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- Burke, Edmund. *De lo sublime y de lo bello*. Madrid: Alianza, 2014.

- Burroughs, John. *El arte de ver las cosas*. Madrid: Errata naturae, 2018.
- Calderón Quindós, Fernando. *Filosofía vegetal. Cuatro estudios sobre filosofía e historia natural*. Madrid: Abada, 2018.
- Calvino, Italo. *Marcivaldo*. Barcelona: Destino, 1989.
- Caparrós, Martín. *El hambre*. Barcelona: Anagrama, 2015.
- Català, Víctor. *Drames rurals*. Barcelona: Grup 62, 2010.
- Charbonneau, Bernard. *El jardín de Babilonia*. Madrid: El Salmón, 2016.
- Cognetti, Paolo. *El muchacho silvestre*. Barcelona: Minúscula, 2017.
- Colectivo Ma Colère. *Mi cuerpo es un campo de batalla*. València: La Burbuja, 2006.
- Comité invisible. *La insurrección que viene*. Logroño: Pepitas, 2020.
- Consejo Asesor Científico de las montañas. *Análisis del perfil de los usuarios-visitantes del medio natural en España, 2017-2018*. Barcelona: Federación Española de Deportes de Montaña y Escalada, 2018.
- Consejo nocturno. *Un habitar más fuerte que la metrópoli*. Logroño: Pepitas, 2018.
- De Azúa, Félix. *Autorretrato inédito de Rafael Sánchez Ferlosio*. Madrid: El País, 2019.
- Debord, Guy. *La sociedad del espectáculo*. València: Pre-textos, 2005.
- De la Cruz, Luís. *Contra el running. Corriendo hasta morir en la ciudad postindustrial*. Jaén: Piedra Papel Libros, 2016.
- Del Castillo, Ramón. *El jardín de los delirios*. Madrid: Turner, 2019.
- . *Filósofos de paseo*. Madrid: Turner, 2020.
- De Montemayor, Jorge. *Los siete libros de la Diana*. Madrid: Cátedra, 2013.
- De Queirós, Eça. *La ciudad y las sierras - Civilización*. Barcelona: Acantilado, 2020.
- Elías Barasoain, Simón. *Alpinismo bisexual*. Logroño: Pepitas, 2013.
- Emerson, Ralph Waldo. *Naturaleza*. Madrid: Nórdica libros, 2020.
- Fenimore Cooper, Susan. *Cuaderno rural. Apuntes de una naturalista (Primavera-verano)*. Logroño: Pepitas, 2018.
- Fernández, Fruela. *Una tradición rebelde. Políticas de la cultura comunitaria*. Santander: La Vorágine, 2019.
- Fernández-Savater, A. y Etxeberria, O. (coords.). *El eclipse de la atención*. Madrid: NED ediciones, 2023.
- Fossey, Dian. *Gorilas en la niebla*. Logroño: Pepitas, 2019.
- Fourcassié, Jean. *Le romantisme et les Pyrénées*. Toulouse: Annales Pyrénéennes, 1990.
- Galdikas, Biruté M.F. *Reflejos del Edén*. Logroño: Pepitas, 2013.

- Gancedo, Emilio. *Palabras mayores. Un viaje por la memoria rural*. Logroño: Pepitas, 2015.
- Ginzburg, Carlo. *Historia nocturna. Las raíces antropológicas del relato*. Barcelona: Península, 2003.
- Gogorza, Óscar. «Dopaje para subir al Mont Blanc». Madrid: *El País*, 12 de abril de 2020.
- González de Molina, Manuel y Toledo, Víctor Manuel. *Metabolismos, naturaleza e historia. Hacia una teoría de las transformaciones socioecológicas*. Barcelona: Icaria, 2011.
- Hadot, Pierre. *El velo de Isis*. Barcelona: Alpha Decay, 2015.
- Hamsun, Knut. *La bendición de la tierra*. Madrid: Nórdica libros, 2015.
- . *Pan*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- Haudricourt, André y Bardet, Marie. *El cultivo de los gestos, seguido de Hacer mundos con gestos*. Buenos Aires: Cactus, 2019.
- Ibarz, Mercè. *La terra retirada*. Barcelona: Edicions 62, 2009.
- Illyés, Gyula. *Gente de las pusztas*. Barcelona: Minúscula, 2002.
- Iturra, Raúl. «Letrados y campesinos: el método experimental en antropología económica». En Sevilla Guzmán y González de Molina (eds.), *Ecología, campesinado e historia*. Madrid: La Piqueta, 1993.
- Izquierdo, Jaime. *La casa de mi padre*. Oviedo: KRK, 2012.
- . *La conservación cultural de la naturaleza*. Oviedo: KRK, 2013.
- Jappe, Anselm. *Hormigón. Arma de construcción masiva del capitalismo*. Logroño: Pepitas, 2021.
- Jensen, Derrick. *Forget shorter showers. Why personal change does not equal political change*. 2009. Disponible en: <https://derrickjensen.org/2009/07/forget-shorter-showers/>
- Kitchen, Fred. *A la par de nuestro hermano el buey*, Madrid: Espasa-Calpe, 1948.
- Kropotkin, Piotr. *El apoyo mutuo*. Logroño: Pepitas, 2016.
- Lawrence, David Herbert. *El amante de Lady Chatterley*. Madrid: Orbis, 1997.
- Levi, Carlo. *Cristo se detuvo en Éboli*. Logroño: Pepitas, 2022.
- Lizcano, Emmánuel. *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Madrid: Traficantes de sueños, 2006.
- . «La guerra de las patatas: de la Papa indígena a la *Solanum tuberosum* ilustrada, pasando por la patata». En *Las patatas y las cosas*. Donostia: Fundación Cristina enea, 2013.
- Llorens, Núria. *Naturaleza y paisaje en la estética de Shaftesbury*, Bellaterra: revista *Locus amoenus* n.º 8, 2006.